

UNA ZAPATILLA ENVUELTA

Cuando el reloj de cuco colgado en la cocina cantó cinco veces y dos muñequitos vestidos de tiroleses terminaron su gracioso baile, la tía Noelia se dijo que ya era hora de salir a la calle. No soportaba las tardes en casa. Se lavó las manos con jabón de fregar los platos, se las olió frunciendo la nariz y, antes de salir, contempló su redonda y blanda cara en el espejo de la entrada. Parezco un queso de Burgos comisqueado y aplastado, pensó ella. Santo Dios cuánto había envejecido, tanto que ya no le importaba. Encogió con indiferencia los hombros marrones de su abrigo, se anudó al cuello una estola que en otros tiempos había sido muy elegante y enrolló una de sus zapatillas de andar por casa en un periódico viejo. Tras guardarla en una bolsa de plástico de unos grandes almacenes, se la colocó bajo el brazo y salió muy dispuesta no sabía dónde.

La tarde, ventosa, revolvía el cielo. Como una de esas personas inquietas que constantemente cambian la disposición de los muebles de su casa, así hacía con las nubes, las tenía yendo y viniendo, formándose y deformándose, desgarrándose en blancos y rosados jirones.

Qué entretenido está esta tarde el cielo, apreció la tía Noelia paseando por el bulevar y mirando hacia arriba todo lo que le permitía su artrítico cuello y la estola fuertemente anudada a él. Esas nubes que se estiraban agigantándose o adelgazando que, de pronto, se convertían en animales, en objetos o en rostros conocidos la trasladaron a su lejana juventud. Le recordaron unas felices vacaciones en el campo y a ella misma tumbada sobre la hierba con un bonito vestido de gasa junto a Consuelo, su hermana. La pobre había muerto pero eso no era lo peor, lo peor había sucedido antes, en ese largo periodo de demencia que duró años, en ese ir perdiéndose ella misma hasta la desaparición final. Qué lástima, se lamentó la tía Noelia, qué lástima, susurró otra vez y, a continuación, sacudió voluntariosa sus pensamientos, alejándolos de sí, dispersándolos en dirección a las nubes y dejando que allí prosiguieran su camino porque ella no había salido a la calle para entristecerse sino todo lo contrario, ella había salido para librarse de la tristeza y el abotargamiento que le producía quedarse toda una tarde en casa.

Hijas, no sé, estoy como apelmazada, les decía a sus sobrinas, las dos hijas de su hermana Consuelo, cuando la llamaban por teléfono, si es que la llamaban. Y si no la

llamaban, que era lo más normal, se imaginaba que les decía eso. Hijas, no sé, quedarme toda la tarde en casa como que me apelmaza. Es raro, me parece que estoy hecha de una de esas lanas lavadas en agua demasiado caliente. Algunas tardes de tanto como imaginaba que pronunciaba esa frase, no podía resistir el hecho de no decirlo de verdad, de no expulsarla. Tan atragantada y ahíta se sentía con sus propias palabras no dichas que llamaba a sus sobrinas siempre con la misma excusa. ¿Me habéis llamado vosotras?, indagaba con voz de susto. Es que ha sonado el teléfono y cuando he ido a cogerlo, pum, han colgado. A ver si han sido mis sobrinas, me he dicho, voy a llamarlas por si les ocurre algo, ¿estáis bien todos?, ¿los niños también? Sí, sí, yo estoy muy bien, lo único que esta tarde no he salido porque hacía muy malo y las tardes que no salgo me quedo así, como apelmazada.

Dicho estaba al fin y, sin embargo, no percibía la satisfacción que había imaginado porque para eso hacía falta un mínimo interés por parte del interlocutor. Y a sus interlocutoras se les notaba demasiado que no les importaba lo más mínimo el apelmazamiento de la tía porque siempre contestaban con prisas, tanto la una como la otra, y se oían gritos en la casa, incluso en ocasiones interrumpían la conversación para regañar a alguno de los niños y ni se disculpaban ni nada, como si fuera lo más normal estar hablando con alguien por teléfono y a la vez con otra persona. Sus voces sonaban irritadas, impacientes, deseosas de colgar.

Pero ahora los jóvenes son así, las chicas, las mujeres de ahora, no tienen la consideración que se tenía antes y la culpa no es toda suya, es de los tiempos. Siempre van con mucha prisa porque trabajan y tienen también que atender a sus hijos, hacer la compra, preparar la cena y están cansadas y nerviosas, siempre cansadas y nerviosas.

Pensando en todo esto los hombros de su abrigo marrón se encogieron de nuevo queriendo expresar que ella poco podía hacer para aliviar semejantes situaciones, los tiempos eran así como antes habían sido de otra manera, había que cargar con lo que a cada uno le tocara e intentar adaptarse a las circunstancias. Ellas carecían de tiempo y a ella le sobraba, ellas estaban hartas de conversaciones, de que la gente les hablara, ella necesitaba justo lo contrario, hablar y ser hablada. Por eso no se ponían de acuerdo y resultaba casi imposible hallar un punto de encuentro.

Mirando las nubes se encontró con la cara de Alfredo, un hombre con el que había salido durante un tiempo, una especie de novio. El quiso casarse pero la tía Noelia, después de tantos años de soltería, no se sintió capaz de abandonar sus cómodas rutinas. Ahora, en la vejez, se arrepentía un poco. Qué habría sido de Alfredo. Convertido en

nube, parecía reírse bajo su bigote espeso pero la risa se le transmutó en una mueca trágica y pasó a ser un plato de papilla, la misma papilla con la que durante años ella alimentó a su hermana. Al final se le olvidó hasta cómo tenía que tragar y había que darle la comida con una jeringa.

Total, se dijo la tía Noelia, que este cielo que me había parecido tan entretenido se ha acabado pareciendo a mí, a lo que llevo dentro. Ese es el problema de nuestras vidas, que miremos lo que miremos, terminamos vertiendo nuestro propio interior y por eso estamos tan prisioneros y nos aburrirnos tanto. Señor, suspiró reflejando su desasosiego, ya me está mareando tanta nube dando vueltas, si se estuvieran quietecitas casi sería mejor y qué pelos se me han puesto, pena de dinero tirado en la peluquería.

Apretó la zapatilla que bailaba solitaria en el fondo de la bolsa, al tiempo que miraba a su alrededor por si alguien la observaba con recelo, por si alguien pensaba, dónde irá la vieja con el viento que hace, por qué no se quedará en su casa. El viento se lamentaba en las esquinas, cansado de tanto trajín. Los árboles, nerviosos, agitaban sus copas. Rodaban papeles, bolsas de plástico, extraviados objetos sin dueño y ella avanzaba a duras penas rebotando levemente sobre la suela de goma de sus zapatos para pies cansados, sujetándose la estola y el abrigo. No le gustaba salir a la calle como si no tuviera ningún objetivo que cumplir, ninguna misión que realizar, aunque fuera a un simple recado uno salía a la calle por y para algo, no simplemente a dar vueltas sin rumbo ni sentido. A dar vueltas como los tontos, decía su hermana Consuelo. Y así se sentía ahora la tía Noelia, tonta, vagando por el bulevar con los pelos revueltos, las locas nubes por encima, el vibrante metro por debajo.

Mejor estaría dentro de una cafetería. Hay cafeterías muy entretenidas –reflexionó–, cafeterías donde se escuchan las conversaciones de la gente y uno consigue deshacerse de su propia voz, cafeterías donde se mira por la ventana y parece que el mundo pase como un espectáculo. Sin embargo, no le gustaba entrar sola en las cafeterías. Como una buscona, oyó decir otra vez a Consuelo. La pobre, qué lastima, murmuró subiendo los tres escalones y atisbando con timidez el caliente y ruidoso interior. Zumbaban las máquinas de café, olía a mantequilla fundida, a bollo caliente, un grupo de viejas como ella conversaba en una mesa, un hombre leía unos papeles ayudándose de una lupa, dos abuelos compartían mesa con su nieto, una pareja joven discutía detrás en voz baja. Nadie la miraba. Eligió una mesa cercana a la ventana y depositó la bolsa con la zapatilla en la silla de al lado. Pidió un café con leche y una tostada aunque el café por la tarde le impedía dormir y presentía que la tostada le iba a caer pesada. Se desanudó la

estola y se desabrochó el abrigo pero no se los llegó a quitar porque no terminaba de estar cómoda.

Le llegaban retazos de conversaciones, qué bien mi niño, qué bien se lo ha comido todo, aplaudía la abuela complaciente; te he dicho que no se grita, no grites o no te compraremos más patatas, regañaba el abuelo. No sé porque te enfadas si te digo que no quiero salir el domingo, sabes que los domingos no me gusta salir, tengo mucho que hacer en casa pero tú te crees que por eso no te quiero. Si me quisieras no te importaría que fuera domingo, simplemente querrías verme, estar conmigo. Y se lo dije a ella: no te preocupes que no voy a quitarte el puesto, mejor dejar las cosas claras desde el principio aunque también le avisé que no estoy dispuesta a hacer más horas de las que estrictamente me correspondan. Sí, fíjate, le tienen que hacer otra vez la prueba esa tan molesta de la goma. Que pida que le seden y ya está. Cosas peores me han hecho a mí, si os contara... pero no me gusta cansar.

Tenía ganas de darse la vuelta y decirle al señor que leía con lupa: ¿sabe?, yo es que cuando me quedo en casa por las tardes como que me apelmazo. Decírselo también a los abuelos: empiezo a oír todo tipo de ruidos, hay muchos ruidos en las casas, ruidos producidos por las propias casas que resoplan y suspiran y se estremecen y hasta tosen como si fueran humanas, ¿no les ha pasado nunca eso que digo de los demasiados ruidos? Resulta de lo más inquietante.

Contar al grupo de señoras: no me gusta quedarme por las tardes en casa porque no me canso y luego no puedo dormir, se me hacen de un largo las tardes... más largas todavía cuando una sabe que van a ir seguidas de una noche de insomnio. Qué malo es el insomnio. A mí no me gusta tomar pastillas pero a veces...a veces tengo que tomarlas. ¿Alguna de ustedes toma somníferos? No son tan malos en realidad. Llegando a ciertas edades todas tomamos algo.

Ir hasta la mesa de la pareja y aconsejarles: venga, venga, no pelearos que es muy bonito tener una pareja, otra persona con quien compartir aunque sean desacuerdos. Ya me gustaría a mí tener a alguien aunque nos habláramos poco, aunque él estuviera en un cuarto y yo en otro pero, en fin, saber que hay alguien en la casa, que carraspea, que se suena los mocos, que tira de la cadena, escuchar el arrastrar de sus zapatillas por el pasillo.

Pero sobre todo tenía ganas de decirles a todos, es que cuando me quedo por las tardes en casa me pasa como a esas chaquetas de lana que se lavan a demasiada

temperatura, se abatanan. Qué feas quedan, ya no se las puede una ni poner, hay que tirarlas. Eso me pasa.

Llegó el camarero y dejó sobre la mesa el café con leche y la tostada y bajo el platillo de la tostada un ticket con la cuenta. La tía Noelia se colocó sobre las rodillas la bolsa con la zapatilla y la apretó con aprensión. No quería parecer una de esas que no tienen nada que hacer.

Por suerte nadie me mira, se consoló bajando los tres escalones que separaban la cafetería de la calle, si bien ese por suerte no le resultaba acertado del todo. Las nubes seguían su descontrolado viaje por el cielo. Bajó por el bulevar con la intención de cansarse y no pudo evitar mirar ese continuo movimiento, esa continua traslación. Qué tontería pero le pareció ver un viejo jersey de lana empequeñecido y aplastado, tieso y abotargado deslizándose por el cielo, le pareció verse a ella misma. Jesús bendito, se dijo entrando en el portal de su casa y sacando allí mismo la zapatilla de la bolsa. Cuando entró en casa se calzó las dos. La que había salido estaba fría. El cuco cantó siete veces. Se lo había regalado su hermana Consuelo cuando todavía estaba cuerda. Según ella, los cucos hacían mucha compañía. Pues sí que...refunfuñó en dirección al teléfono. Marcó el número de Mariam, la mayor de sus sobrinas. ¿Me has llamado, Mariam, hija? Acabo de entrar por la puerta porque ya sabes que a mi no me gusta quedarme por las tardes en casa y me ha parecido oír el teléfono y he dicho, voy a llamar a Mariam no vaya a ser que le haya pasado algo o que tenga algún niño malo, ¿estáis todos bien por allí? Sí, yo como siempre, hija, como siempre.